

---

# ENSAYO SOBRE LA FE APLICACIÓN A LA FE EN JESÚS

Marcel Légaut (1)

I. Movimiento de fe y acto de formulación. – Movimiento de fe y exigencia interior. – Movimiento de fe y “libertad a nivel del ser”. – El acto de formulación es una creación. – La formulación creada por el creyente es oración. – Pueden hacerse observaciones similares sobre el Amor y la Esperanza. – Fe, Esperanza, Amor, Creación. – Jesús.

II. Reconocer el carácter histórico del fundamento de la fe en Jesús no exime, al cristiano, de recorrer el camino que hará de él un discípulo. Distinción necesaria entre fe y creencias. – Ninguna apologética puede dispensar del camino personal exigido por la fe. – El acceso a la fe de los primeros discípulos. – El acceso a la fe de los discípulos de todos los tiempos. Distinción necesaria entre signos e indicios. – Milagros y profecías mesiánicas. – La remisión de los pecados por Jesús. – Los «amén» de Jesús. – Las apariciones. – Las parábolas. – Estos signos e indicios conducen a una comprensión que abre a la trascendencia divina de Jesús. – La trascendencia divina de Jesús, alcanzada por el movimiento de fe, no es consecuencia directa de las definiciones conciliares. – Utilidad indirecta de las Escrituras y de las definiciones conciliares para el arranque del movimiento de fe.

## I

### *Movimiento de fe y acto de formulación*

La vida de fe no consiste únicamente en poseer un conocimiento como cualquier otro, sólo distinguible por su objeto. Para describir adecuadamente la fe como la actividad existencial original que es –ya sea la “fe

---

(1) Ver una Introducción a este texto en la Presentación del *Cuaderno*.

en Dios”, la “fe en Jesús”, la “fe en tal persona”, e incluso la “fe en sí mismo” que uno debe vivir interiormente para asumir la propia realidad <sup>(2)</sup>–, hay que distinguir el movimiento de fe del acto de formulación, que procede de dicho movimiento y que es el que establece la proposición afirmada. En la acción de afirmar que comporta la fe, parece indispensable poder distinguir, pues, el movimiento de fe y el acto de formulación, aunque, en particular, cuando se trata de la fe en Dios y de la fe en Jesús, la fe no está, por lo general, en la práctica, separada de la adhesión a la definición dogmática, es decir, a la creencia.

Desde el momento en que, para dar cuenta de la fe, se *reduce* la acción de afirmar que ella implica al acto de formulación, se condena al análisis de la fe, implícita e ineluctablemente, a no ser más que el análisis del acceso a un conocimiento. No disponemos, normalmente, de nociones lo suficientemente afinadas como para precisar, en la fe, lo que la distingue fundamentalmente de la adhesión a un conocimiento racional o a una creencia, pues, en estas dos adhesiones, al contrario de lo que ocurre en la fe, el acto de afirmación exige el dato de la proposición y no existe sin el acto de formulación.

En estas adhesiones, en efecto, el acto de afirmación, sostenido por la intelectualidad o la afectividad, no extrae su savia directamente del ser del que afirma. El acto de afirmación, en estos casos, está pendiente, casi únicamente, de lo que se propone desde el exterior y de lo que se formula. Provocado no por lo que el hombre es en sí mismo, el acto de afirmación, en estos casos, no está esencialmente enraizado en las profundidades del hombre ni son ellas las que lo suscitan. En ellos, el hombre es “un sabio en conocimientos” o un “creyente de creencias” pero no un “creyente de fe”.

Este análisis, además, no es específico de la fe. Conviene también al amor y a la esperanza. Estas tres realidades, fundamentales y especí-

---

<sup>(2)</sup> Ver la “Nota sobre la fe” en el *Cuaderno de la diáspora* 16, Madrid, AML, 2004, págs. 67-70. Légaut condensa, en esas páginas, sus desarrollos en *El hombre en busca de su humanidad*, cap. 1, 7 y 8. Las indicaciones de otras referencias son de Légaut. Nosotros damos las ediciones en castellano.

ficamente humanas, *no pueden separarse de la totalidad del ser del hombre* sin degenerar en abstracciones o en efusiones. En ellas, el hombre es, en su totalidad, de forma simultánea e inseparable, el lugar y el sujeto, el paciente y el agente. Y lo mismo sucede con la actividad de creación <sup>(3)</sup>, que se distingue, en el hombre, de lo que es sólo fabricación.

La adhesión a un conocimiento racional o a una creencia acerca de otra persona concierne a las propiedades de un objeto exterior a aquél que conoce o que cree; objeto del que al menos debe necesariamente distinguirse. Esta adhesión es, de alguna manera, incitada por el exterior y desencadenada por la intelectualidad y, más particularmente en la creencia, por la afectividad. *Por el contrario, la fe parte de nuestro ser total*. Se alimenta de la vida intelectual y de la vida afectiva, igual que las “adhesiones proposicionales” precedentes, pero es de otro orden más específicamente humano, del orden espiritual. *La fe no es sólo consecuencia de una decisión que depende únicamente del estado y de la situación en la que nos encontramos en el momento en el que la tomamos. Se apoya sobre y se eleva a partir de todo lo que hemos sido y de todo lo que somos en potencia de ser*.

*Asimismo, nuestra fe en el otro concierne a la totalidad de su ser*. Nos acercamos a él a través de sus comportamientos, que traducimos oscuramente en función de lo que somos, más que interpretarlos objetivamente según unas reglas generales basadas en nuestros análisis y deducciones. Estos comportamientos del otro, inseparables de su persona so pena de perder su cualidad propia, son por eso, para nosotros, como sacramentos de la presencia del otro, y no sólo tests racionales e impersonales que harían razonable la adhesión a un conocimiento sobre él o a una creencia acerca de él. *La fe que tenemos en el otro nace, en nosotros, del ser del otro descubierto globalmente, más allá de lo que éste manifiesta conscientemente o no, visiblemente o no, por su pre-*

---

<sup>(3)</sup> Ver, en *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del Cristianismo*, Madrid, AML, 1999, “Dios y el universo”, págs. 199 y siguientes, y en *El hombre en busca de su humanidad*, “El hombre creador”, págs. 107-138.

*sencia. Se impone en nosotros por lo que somos en lo más profundo de nosotros mismos, mucho más que por lo que podemos captar de él sólo de forma intelectual o afectiva.*

En la fe, lo que suscita y desencadena el acto de formulación es el movimiento de fe y no las evidencias que espontáneamente concedo a “lo que se afirma” bajo el efecto de alguna presión subjetiva o social, ni los argumentos que o yo me doy a mí mismo o se alinean ante mí para fundamentar dicha proposición. El movimiento de fe es el que da fuerza a estas razones y no al revés. Estas razones sólo me ayudan, de manera indirecta, accesoria, imprecisa y no sin error, a mantenerme en la fe, cosa que, a causa de la alteridad trascendente de su objeto, sólo puedo hacer en el límite de mis posibilidades. Estas razones, que de hecho son muy útiles para mí aunque sin ser verdaderamente indispensables, si no presto atención, pueden hacerme creer, erróneamente, que tengo la fe sólo por su causa. Cuando resulta que, si estas evidencias y estos argumentos fueran lo único que originara el acto de formulación y, en consecuencia, la adhesión a la proposición, esta adhesión no sería la fe sino un sucedáneo de la fe, tan sólo.

El acto de formulación que procede esencialmente del movimiento de fe pueden, sin duda, facilitar ciertas evidencias y conveniencias personales que, sin embargo, no son más que ayudas accesorias, a fin de cuentas. Hay que afirmar incluso que, *para apuntalar su fe, el creyente podrá apoyarse cada vez menos en este tipo de ayudas –y con más razón en las que sólo son verosímiles, o “no inverosímiles”, y en las que sólo son posibilidades, o “no imposibilidades”– a medida que los hombres avancen en el conocimiento de las dimensiones, complejidad, inestabilidad, movilidad perpetua y radical inhumanidad de lo real.* Por el contrario, el hombre tendrá que entregarse al movimiento de fe a pesar de las omnipresentes presiones, ateas o materialistas, que esta conciencia lúcida y cruel permite, y que unas “evidencias” y “conveniencias”, sumamente poderosas –y en apariencia objetivas por ser comúnmente aceptadas–, imponen.

De este modo, la proposición que se formula a partir del movimiento de fe tiene que someterse a las exigencias de la integridad del espíritu, cuyo alcance es mayor que las exigencias de la mera credibilidad, siempre más vagas. El “creyente de fe” no puede ni debe sacrificar estas exigencias, tal como solía ocurrir antes en aras de una humildad mal entendida. El movimiento de fe sólo puede y debe desarrollarse en acto de formulación en el marco del respeto de estos imperativos, inscritos en la estructura humana. De lo contrario, degeneraría por no tener en cuenta la totalidad del hombre, uno de cuyos rasgos esenciales es la integridad intelectual. El acto de afirmación, en este caso, se debería únicamente a una decisión sistemática o pasional, procedente sólo o del estado pasajero en el que el hombre se encuentra o del estado, quizá duradero, en que se atrinchera.

Aunque de hecho lo normal es que, al movimiento de fe, lo acompañe el acto de formulación, hasta el punto de parecer –erróneamente– que éste es inseparable de aquél, *el acto de formulación no es esencial en la fe*. Cabe pensar, incluso, que *muchos hombres viven del movimiento de fe sin acompañarlo de un acto de formulación*. Muchos hombres, en efecto, o bien no disponen de los medios de expresión necesarios para este acto; o bien lo rechazan ya sea porque reaccionan apasionadamente contra el uso, en su medio, de formulaciones que consideran inaceptables, ya sea porque, en su forma de comportarse y de comprometerse, están ineluctablemente inmersos y a merced de influencias sociológicas hostiles o simplemente ajenas a lo que concierne a la fe. Por el contrario, la adhesión a un conocimiento racional o a una creencia no existen sin que haya, previamente, un acto de formulación ya que, si no, dicha adhesión se encontraría sin objeto. Resumiendo. *La fe surge del hombre por el movimiento de fe antes del acto de formulación; mientras que toda “adhesión proposicional”, el hombre se la plantea después del acto de formulación.*

#### *Movimiento de fe y exigencia interior*

*Se percibe el movimiento de fe igual como se tiene conciencia de ser consciente. El movimiento de fe no se conoce como objeto.* Está unido a la percepción

de sí mismo en tanto que sujeto de una exigencia interior tan fundamental que negarse a ella equivale a negarse a sí mismo. Esta exigencia se descubre, a su debido tiempo, a cualquiera que tiene suficiente claridad sobre lo que es él gracias a una atención lúcida y a una fidelidad sin tacha. Poco a poco, o por saltos sucesivos, esta exigencia emerge en lo íntimo del hombre; se le impone desde el interior, aun sirviéndose indirectamente, para nacer, de elementos extrínsecos que la proponen. Entonces el hombre toma conciencia de que, ajena e inaccesible, en su realidad propia, a toda presión exterior, y sin que él haya tomado la iniciativa, esta exigencia está en él y es inseparable de él, cosa que sabe tanto más cuanto más se abre a ella. *El movimiento de fe nace de esta necesidad, reconocida y aceptada como capital, y a la que el hombre siente que no puede corresponder realmente si no es con la totalidad de su ser.* Esta necesidad atañe inmediatamente al ser, e inmediatamente depende de él. Se manifiesta en lo íntimo sin tolerar límites, sin permitir ningún recurso en contra cualesquiera que sean las consecuencias. El hombre capta, por una evidencia directa y sin mediación, tanto este enraizamiento de la fe en él como la respuesta radical que la fe exige de él. Este enraizamiento y esta respuesta afirman en él la *naturaleza singular de esta fe, tan diferente de la adhesión a una creencia*, que, aunque sea intensa y pueda absorber por completo al creyente, lo exterioriza y no hace sino ocupar su vida intelectual y afectiva.

El movimiento de fe, distinto de la adhesión a un conocimiento o de la respuesta a una atracción, no se dicta directa y explícitamente desde el exterior sino que se manifiesta, sorda e indirectamente, por lo que el hombre es, ha sido y puede llegar a ser, inseparablemente. En esta manifestación, el hombre parece estar pasivo y, sin embargo, está más activo de lo que él mismo es consciente, a pesar de no tener, en este orden de cosas, la iniciativa y la potestad que detenta en otras actividades.

En efecto, quien no tenía ni idea de lo que es el movimiento de fe, cuando comienza a descubrirlo, no puede decir que dicho movimiento nazca en ese preciso instante en él; al contrario, cuanto más pro-

fundiza el hombre en la inteligencia de lo que es la fe, tanto mejor sabe encontrar huellas de ésta –como sus primicias secretas hasta ahora desconocidas o ignoradas– incluso en su pasado más recóndito. Por oposición a la adhesión proposicional, que se inscribe en algún momento de la historia del hombre, *la fe está tan inscrita en su ser, por el movimiento que la hace nacer, que, así como, por estructura, el hombre no puede pensar su propio comienzo, tampoco puede datar el advenimiento en él de la fe.* De la misma forma que el hombre no puede alcanzar, por iniciativa propia, el nivel de humanidad en el que toma conciencia de su conciencia (conciencia de la que, aun siendo consciente desde el comienzo, no tiene ni noción, antes de franquear un umbral que, por otra parte, siempre franquea sin darse cuenta); de la misma manera, el hombre *es incapaz de alcanzar explícitamente la fe según un proyecto deliberado.* Sólo podría captar así la sombra de la fe, por imitación, por sumisión o por inercia sociológica.

*Movimiento de fe y “libertad a nivel del ser”*

*El movimiento de fe es, en el hombre, adhesión y respuesta a una necesidad que surge en él y que se le propone a él de forma inmediata.* Cada uno, poco a poco, a medida que va siendo capaz de entregarse más totalmente a este movimiento de fe, descubre, de forma personal, y sin que nadie pueda ayudarle directamente, la existencia y la grandeza sin límites de esta exigencia. Esta exigencia es íntimamente necesaria para él, como si fuese intrínseca a su naturaleza, pero, por otra parte, no es determinante ya que le deja libre todo el campo para poder rechazarla en su carácter propio y original, y, de esta forma, negarla. La vida le conduce a desposarla y a hacerla suya, o a blasfemar de ella desnaturalizándola. Pero, entonces, el hombre se desnaturaliza a sí mismo, y tanto más cuanto más se niega a reconocerlo. *El reconocimiento de esta exigencia es el acto de la “libertad a nivel del ser” por excelencia;* acto primero, del que dependen todos los restantes del mismo orden; libertad de naturaleza radicalmente distinta de la posibilidad de decidir, conforme al libre albedrío, ante una elección propuesta desde fuera. El ejercicio de la libertad a nivel del ser es esencial al hombre y lo caracteriza. Surge fun-

damentalmente de la fidelidad a sí mismo y también –a esta profundidad– de la fidelidad a Dios. En el transcurso de la vida, esta libertad, cuando está en acción en los comportamientos –no importa si consciente o inconscientemente–, permite, en momentos de lucidez, aprehender la consistencia, la duración y la unidad de la *existencia*, pero también la realidad de la *carencia de ser*: esa distancia irreductible entre lo que uno es y lo que uno sabe que debería ser para ser <sup>(4)</sup>. De este modo, la libertad a nivel del ser conduce al hombre a descubrir su unicidad y soledad fundamentales.

Esta *exigencia* –de la que el hombre es consciente aun cuando se defiende de ella; que se le impone aun siendo ajena a toda presión exterior; que aun no siendo intrínseca es ineluctablemente íntima e inseparable de él; que brota en él antes de tener la menor idea real acerca de ella; y que, en fin, él descubre aun sin ser antes radicalmente desconocida para él, al revés de lo que le pasa con lo que le llega desde fuera–, por este conjunto de propiedades, es una *necesidad única en su orden. Sin necesitar más razones, se ve revestida, de este modo, por su autoridad total, de un carácter absoluto*. Por eso la toma de conciencia de esta necesidad es, en el hombre, la consecuencia *de la acción más pura de toda iniciativa humana y más íntima*. El hombre se ve imperiosamente llevado a afirmarla, si rechaza esquivarla.

Estas consideraciones existenciales convergen con una doctrina tradicional que dice que la fe nace de la adhesión al “testimonio divino”. Al confirmar indirectamente esta enseñanza, la protegen de la tendencia, que a menudo ha predominado, de exteriorizar, e incluso de convertir en algo exclusivamente social, este testimonio. Estas consideraciones sugieren, por el contrario, que *la transcendencia de la moción de Dios se manifiesta no por efracción e irrupción sino por surgimiento y llamada en el interior del hombre, ahí donde éste es él mismo sin ser de él mismo*.

---

(4) Sobre el concepto de “existencia” en Légaut, ver *El hombre en busca de su humanidad*, Madrid, AML, 2001, págs. 90 y siguientes; y sobre el de “carencia de ser”, págs. 34 y siguientes.



De este modo, esta exigencia de la que emana el movimiento de fe es, en el hombre, consecuencia de una “revelación” de Dios; revelación íntima, sin palabra ni signo, anunciación sin ángel, luz celeste sin estrellas, proclamación sin paloma y sin voz de los cielos, infusión del Espíritu sin lengua de fuego; revelación no por lo que Dios enseña y ordena en ese momento sino por lo que hace nacer en aquél al que visita. *La actividad divina es del orden de la presencia en el silencio. Para que el hombre se eleve al ser, la actividad divina lo inspira y le da la posibilidad de crear lo que conviene a lo que Dios llama en él a fin de que Dios se engendre de él y haga en él su morada.*

*El acto de formulación es una creación*

*La fe desnuda es un estado en el hombre;* un estado en tensión hacia unos actos que la expresen; pero tensión sin esperanza pues dichos actos siempre acaban por ser radicalmente inadecuados. También *la fe desnuda es un movimiento;* pero un movimiento siempre inmóvil, siempre pendiente, siempre, por una necesidad de estructura, dirigido hacia una meta inevitablemente inaccesible pues es del orden del ser. La fe desnuda está, pero de forma escondida, en el origen de negaciones y de rechazos categóricos que, sin precisarla, la protegen en su abrupta inaccesibilidad.

En su realidad viva, la fe es esencialmente *distinta de la adhesión a la creencia* que se desprende de ella. La fe es *opción decisiva*, única en su género. Es oscura en su origen, imposible de justificar por razonamientos que podrían apoyarla, apuntalándose entre sí de forma dialéctica. Y es oscura en su alcance, además, pues los caminos a los que conduce, por medio de unos jalones que los circunscriben, son asimismo imposibles de precisar. Sin embargo, el creyente de fe, en el curso de su itinerario sin fin –itinerario de toda la vida, condenado a no alcanzar su proyecto sino de forma muy imperfecta, nunca satisfactoria ni definitiva–, necesita dar, a su movimiento de fe, una expresión suficientemente fiel y formularlo en creencias. Se esfuerza en ello a partir de su progresión en la interioridad y en la inteligencia que le han permitido tanto ser consciente de la exigencia fundamen-

tal, origen de su fe, como entrever oscuramente la razón de ser, impenetrable en sí, de esta exigencia. *De esta forma, el hombre se ve llevado a crear verdaderamente, por el acto de formulación, la proposición que él afirma.*

Aun empleando fórmulas comunes –tal como ocurre habitual pero no necesariamente (°)–, el creyente las adapta a su propio uso recreándolas. Siguiendo el camino que le ha conducido al descubrimiento de la fe –camino que ha transformado su persona– confiere, a estas formulaciones, un sentido y un alcance que ellas, sin duda, permiten, pero que no podrían haber impuesto de tanto como este sentido y este alcance son particulares y acordes al estado en el que este creyente se encuentra actualmente. Él es quien recibe de ellas más que ningún otro pues no en vano han surgido de su ser y llevan su sello. Ellas le inspiran poco a poco, y como por rachas, gracias a diferentes acercamientos, muchas veces involuntarios e imprevistos, muchas veces independientes en sus procesos. Gracias también tanto a confrontaciones como a relaciones, el hombre se va apropiando cada vez más de la intuición matriz que el movimiento de fe puja por hacer que nazca en él. La forma como cada persona comprende estas expresiones y vive de ellas será diferente: tanto en el caso de otros creyentes que, como él, las recrean mediante su uso personal, por el que las hacen totalmente suyas, como, con más razón, en el de los que sólo las acogen del exterior dócilmente y las convierten en creencias.

#### *La formulación creada por el creyente es plegaria*

A diferencia de la significación obvia de las fórmulas a las que un creyente tan sólo se adhiere; el sentido y el alcance potencial de las expresiones recreadas no puede agotarse nunca totalmente, ni siquiera para quien las ha recreado. Esto se debe a que estas expresiones,

---

(°) No siempre es esto posible, sobre todo si el universo mental y la cultura de los creyentes son muy diferentes de los que prevalecieron en la creación de dichas fórmulas.

incluso en su balbuceo, participan en el misterio propio de este hombre, también inagotable tanto para otros como para él mismo. El creyente nunca llegará a descubrir por completo el sentido y el alcance de estas expresiones, y, si por desgracia, llegase a pensar que lo había logrado, esto sería señal inequívoca de que habría perdido la llave de acceso a la riqueza de éstas y a lo que él es. *Por tanto, estas fórmulas, cuando él las pronuncia –que es cuando son realmente verdaderas plegarias–, deben mantenerle en presencia de sí mismo, igual que, a la inversa, él ha de estar en presencia de sí mismo para poder utilizarlas convenientemente.* Sólo en estas condiciones es cuando el mensaje de estas expresiones –el que es particularmente apropiado para él– es realmente comprendido y recibido. Pero, en este caso, las expresiones son siempre nuevas y no se gastan nunca a fuerza de repetirlas. Gustosas a sus labios, resuenan en su ser; y es tal el eco de ellas en él que el hombre forma un solo cuerpo con ellas.

La fórmula de la afirmación no se debe considerar ni utilizar ni como una expresión perfecta ni como un dato definitivamente adquirido del que el creyente de fe puede –o debe– vivir siempre de la misma manera; tanto la forma de utilizar este creyente la fórmula, como lo que él recibe de ella, dependen, necesariamente, de lo que él es y de lo que está llegando a ser. Es más, puede que haya que modificar esta fórmula a causa del movimiento de fe del que surgió porque ninguna proposición es capaz de expresar completamente ni este movimiento ni la razón de ser de la exigencia íntima que lo hizo nacer.

Si el hombre considera que la fórmula que utiliza es un simple conocimiento y es así como le da su adhesión, aunque esta adhesión sea ferviente e incluso total, sólo afectará al plano intelectual y al afectivo pero el hombre permanecerá, todavía, en el umbral de la fe. El hombre, en este caso, *será únicamente creyente en el sentido de adherente* a unas creencias que él se apropia, y sobre las que se apoya para vivir, pero de las que no vive realmente por más que lo afirme y lo piense. En este caso, el hombre ignora el movimiento íntimo que cambiaría la naturaleza de su adhesión y lo elevaría al nivel de la fe. *El destino fatal*

*de los testigos de la fe, ¿no es acaso que se les reciba como quienes revelan verdades “sobrenaturales” por lo que dicen, y no como quienes llaman, por lo que viven, hacia el interior –de los hombres y de Dios? Este destino pesa sobre ellos y es el que les lleva a la muerte.*

Imperfecta para expresar el movimiento de fe, la creencia, tal como la vive el creyente de fe, se adapta, sin embargo, perfectamente, a las necesidades y posibilidades actuales, conocidas e incluso desconocidas, de éste. No obstante, es preciso que permanezca, gracias a su fidelidad, suficientemente cerca del estado espiritual en el que fue capaz de crearla. En tales condiciones, esta creencia, aun cuando su letra esté profundamente marcada por el tiempo y el lugar de sus orígenes, responde, lo más exactamente posible, a lo que las necesidades y las posibilidades del creyente solicitan y permiten secretamente en él. Así, la creencia no manda, sólo desde fuera, unos determinados comportamientos. Más allá de imponerlos explícitamente, los inspira en secreto dentro y llama a ellos inaudiblemente. Estos comportamientos, a pesar de los sacrificios que pueden pedir en el momento, al ser exigidos en lo íntimo y no impuestos desde fuera, no alienarán a este hombre sino que lo liberarán. Ulteriormente, lo fecundarán, y pondrán en acción todas sus posibilidades, todavía desconocidas para él. Una creencia así es un fermento que conviene a todo lo que él es; es un catalizador que, de suyo, favorece el desarrollo de su humanidad. A medida que el hombre se despierta a su propia realidad, una creencia así, que se adecua a la espera secreta de su ser y a la búsqueda ya latente en él, lo llama al camino del ser. Sin embargo, ocurre con esta creencia como con la piedra miliar: hay que sobrepasarla e ir más allá, a su debido tiempo.

*Se pueden hacer observaciones semejantes sobre el amor y la esperanza*

Con el amor y con la esperanza, pueden hacerse análisis paralelos a los de la fe. Dependiendo de la experiencia de cada uno, lo que hemos descrito de una de estas realidades humanas puede ser útil para comprender mejor lo que ocurre con las otras.

Hay que distinguir también entre el amor y cualquier tipo de apego que se puede sentir por algo o por alguien, ya sea por atracción, inclinación o afinidad. Así como hay que distinguir también entre la esperanza y las expectativas e ilusiones que se fomentan y cultivan, y a las que uno se agarra con pasión. Al contrario de la esperanza y del amor, que se arraigan en el ser y que se desarrollan en lo íntimo sin suprimir la soledad fundamental del hombre, los deseos y apegos, y las expectativas e ilusiones exteriorizan a los hombres, los extenuan, los mezclan y los amontonan en la uniformidad de las masas que los determinismos engendran allí donde imperan.

Ninguna atracción, inclinación o afinidad funda el amor verdadero. El deseo y el apego pueden ayudar indirectamente al nacimiento del amor, pero sólo en aquél que ya de por sí ama. En el límite, pueden incluso faltar, y así es como el amor se manifiesta, a veces, de la forma más pura, en su originalidad soberana. Si se amase únicamente por una determinada inclinación o afinidad, el sentimiento hacia el otro sería una falsa representación del amor.

De igual modo, la esperanza fundamental siempre trata de expresarse por medio de esperanzas concretas, pero éstas, al encarnarla, la desfiguran. La esperanza trasciende toda expectativa e ilusión, y no puede reconocerse en ninguna. Las palabras que emplea el que se esfuerza por describir su esperanza no tienen el mismo sentido para él que para los que le escuchan, los cuales les dan, a esas palabras, espontáneamente, o su sentido obvio o un sentido peculiar que concreta sus propias expectativas e ilusiones, es decir, aquellas esperanzas que les interesan, y de forma tanto más exclusiva cuanto más ignoran la verdadera esperanza.

Quien dice su esperanza, mientras permanece suficientemente en contacto con ella, recrea las palabras de las que se sirve y las emplea sin dejarse sojuzgar por las perspectivas que ellas mismas fácilmente desarrollan. Los otros, en cambio, piensan en estas expectativas ilusorias con tanto más apego cuanto que éstas se expresan con el fervor de la esperanza; y permanecen ajenos a la esperanza fundamental que

se encarna en dichas perspectivas, y que se desarrolla en ellas para intentar decirse y comunicarse en lo que le es propio.

El destino trágico de los mensajeros más auténticos de la esperanza, ¿no consiste, con frecuencia, en ser escuchados y acogidos sólo como profetas que confortan las expectativas más inmediatas? Y el destino de los testigos que más amor irradian, ¿no consiste, acaso, en ser sólo rodeados y seguidos por quienes los ven como proveedores de bienes aptos para el deseo, el apego o la codicia?

Distinguir la creación y el ejercicio de una técnica o de un oficio lleva a consideraciones parecidas. Lo normal es considerar a los creadores como fabricantes, particularmente hábiles, de cosas nuevas. Sus obras sólo son logros que admirar o modelos que imitar. No encienden, en la mayoría de los hombres, la llama que lleva a la creación. Y, con frecuencia, los creadores de estas obras sienten severamente su singularidad y su soledad frente a quienes no saben captar la fecundidad de sus obras sino lo contingente y accesorio de las mismas pese a imaginar, no obstante, que comprenden lo esencial.

### *Fe, esperanza, amor, creación*

La fe, la esperanza y el amor son estados en los que el hombre es creador. Su desarrollo exige una creación continua. Las formas en las que el hombre expresa dichos estados para poder vivir de ellos, él mismo las crea, verdaderamente, en la medida en que se va acercando cada vez más realmente a ellos. Por otra parte, sólo hay creación auténtica y fecunda en la fe, la esperanza y el amor, al menos implícitamente vividos. Es más, cuando el creador los ignora porque, por alguna razón personal, no ha sabido o no ha querido reconocerlos en él, entonces, invenciblemente, *acaba por confundir*, al menos en teoría si no en la práctica –lo cual resulta funesto pues conduce a lo excéntrico o a lo insalubre–, *la capacidad creadora y la maestría técnica*.

Estos movimientos de fe, esperanza y amor, antes de tomar cuerpo en expresiones que tratan de traducirlos, son realidades que, cada una por separado pero también juntas –por su unión indisoluble– hacen

que el hombre *se asemeje lo más posible* a Dios, como es en sí mismo: *el Acto puro, el Creador*. La capacidad de fe, esperanza y amor del hombre es *el signo distintivo, la huella* de Dios en él por excelencia. Estos movimientos son, en el hombre, en su unidad fundamental, el eco prolongado del movimiento esencial, de *“la esencia en movimiento” propiamente creadora que es Dios*. Nacen de su Presencia, inseparable de su Acción, en las profundidades del hombre, cuyos frutos son divinos. Emparentan al hombre con Dios y son el cumplimiento de Dios en el hombre.

Para progresar hacia el estado último en que estos movimientos llegarían a ser todo en la vida del hombre, cada uno debe entrar, poco a poco, en la unidad, la singularidad y la soledad que son esencialmente suyas tenga o no clara conciencia de ello. Ésta es la única forma de acercarse a la inteligencia de las exigencias de la fe, la esperanza y el amor; y de poder responder a ellos sin, por otra parte, acabar nunca de hacerlo. Sólo así puede progresar el hombre en la captación de su ser.

*Cuando la muerte se acerca, el creyente sólo existe en el plano humano por los movimientos nacientes, inseparablemente unidos, de la fe, la esperanza y el amor, a medida que, próximo a su fin, él va siendo incapaz de formularlos de alguna forma. Entonces, el hombre franquea el último umbral de la vida espiritual aun sin ser consciente de ello, tal como sucedió con los que le precedieron. Entra así en su realidad impensable, una, única y solitaria. Así es como, por fin, llega a ser el que ha llegado a ser, oscura pero realmente, a lo largo de sus días. Desaparecido a los ojos de todos, permanece vivo en aquellos que, gracias a su inteligencia de lo que él fue, y bajo la acción de su presencia, son capaces de alimentar el recuerdo que tienen de él con su propia sustancia y así recibir de él.*

*Jesús*

*En el límite, si los movimientos de fe, de esperanza y amor movieran totalmente a un hombre, y por eso este hombre comulgara por entero con las últimas profundidades de su humanidad, viviendo, fundamentalmente, de la*

*misma vida de Dios, este hombre sería Dios.* Dios lo habría engendrado como otro él mismo, inseparable de Él.

Para un cristiano, este hombre es Jesús, nacido en Palestina hace unos veinte siglos. Su historia, aunque poco conocida, se conoce lo suficiente como para que se pueda afirmar que es extraordinaria, no tanto por lo que dijo e hizo sino por lo que fue. Esta historia deja entrever, si alguien la acoge a la luz de su propia existencia y sabe percibir todas sus dimensiones, *que estos movimientos, de fe, de esperanza y de amor, eran constitutivos de Jesús.* Lo cual es tanto más claro cuanto más estos mismos movimientos lo vivifican a uno. Entonces el creyente puede alimentar en sí mismo, con su propia sustancia, el recuerdo de Jesús, comulgar con él y recibir luz y fuerza de él. Bajo la acción en él de esta presencia de Jesús, crece en su seguimiento. Por él, crece en la fe, la esperanza y el amor, y avanza *por el camino de su ser al mismo paso que Dios progresa en él y lo hace suyo.*

## II

*Reconocer el carácter histórico del fundamento de la fe en Jesús no exime, al cristiano, de recorrer el camino que hará de él un discípulo. Distinción necesaria entre fe y creencias*

La fe de los discípulos de todos los tiempos se funda históricamente en lo que pasó durante los pocos meses en que los primeros discípulos conocieron y convivieron con Jesús. *La evolución y el testimonio de aquellos escasos judíos adquieren una autoridad singular si valoramos, en su verdadera dimensión, las dificultades extremas que tuvieron que vencer para seguir a su maestro hasta el final.* Esta evolución y este testimonio son capitales incluso si en la primera influyó la manera de pensar y de sentir del entorno, y en el segundo la ideología religiosa que los mismos discípulos fueron construyendo poco a poco. No podemos ni exagerar la calidad humana de esta evolución y de este testimonio, ni subestimar su alcance espiritual para el futuro. Conciernen directamente a cuestiones que la condición humana siempre plantea. Si no



subestimamos el carácter único de estas cuestiones ni su importancia para la vida de cada uno, debemos prestar la mayor atención a esta evolución y a este testimonio.

*La solidez y la intensidad de la fe de los primeros discípulos son de la misma talla que las exigencias sin límite que Jesús les planteó, y a las que ellos se sometieron al quedarse junto a él a pesar de un clima social que, poco a poco, se volvió apasionadamente hostil tanto en nombre de las tradiciones religiosas de unos como de las reivindicaciones políticas de otros.* Estas exigencias, sobre las que los Evangelios insisten sin matices e incluso con brutalidad, ponen de manifiesto tanto el carácter radical del compromiso personal de los discípulos con Jesús como que estas exigencias conciernen a la totalidad de las profundidades humanas.

En el mismo sentido, tras la muerte de Jesús, también la desesperación y el desconcierto de los discípulos ponen de manifiesto el lugar único y definitivo que el Maestro ocupaba en sus vidas; el carácter absoluto del movimiento que los llevaba hacia él. Esta fe inicial – cuya realidad singular confirman los frutos excepcionales que dio en aquel tiempo así como la fecundidad que éstos no cesan de dar en el transcurso de los siglos– asegura un fundamento histórico cierto para la fe del cristiano a pesar de los pocos documentos de que disponemos, de la complejidad de su elaboración y transmisión, y de las condiciones, llenas de ambigüedades, que rodean a ambas, elaboración y transmisión; fundamento del que la fe no procede necesariamente porque es algo completamente distinto de un conocimiento ordinario; fundamento cuya realidad el espíritu crítico nos lleva espontáneamente a poner en duda en cuanto nos alejamos de las disposiciones íntimas que posibilitarían la fe.

Esta fe, en su movimiento naciente, arraigada secretamente en los primeros discípulos más que vivida explícitamente por ellos, *trasciende la adhesión a las creencias que, bajo los efectos de los carismas de la Resurrección y de Pentecostés, ellos mismos elaboraron tanto para justificar, a sus propios ojos, lo que el Maestro había llegado a ser para ellos, como para poderlo compartir con los demás.* Mientras que esta fe, fruto del encuen-

tro íntimo de los primeros discípulos con Jesús, es universal porque, en las condiciones en que nació, puso en acto toda su humanidad; estas creencias, por el contrario, aunque se adaptaban a lo que ellos vivían en lo profundo, pertenecían a un tiempo y a un lugar concretos. Estaban marcadas necesariamente por la mentalidad, las tradiciones y las corrientes de pensamiento de la época, de las que extrajeron sus expresiones, la cohesión que las apuntalaba unas con otras, y el significado y el alcance que cada uno podía atribuirles entonces. Por eso, si no se las sacraliza indebidamente, por tradicionalismo, por conformismo o por necesidad de seguridades y de certezas, uno se ve llevado a aceptar reconocer que su relatividad se impone con cruel evidencia.

Hay, por otra parte, que admitirlo: *este movimiento de fe de los primeros discípulos se formuló en creencias tan satisfactorias a los ojos de los Apóstoles que éstos no pudieron distinguirlo y evitar así confundirlo con la adhesión a éstas*. Ninguno de ellos sospechó que, por definición, esta adhesión *no coincidía* con el movimiento de fe que les había llevado y aún les llevaba hacia Jesús. No sospecharon que esta adhesión sólo era una consecuencia conveniente en las circunstancias en que se encontraban. Por eso no debemos extrañarnos de que, en los siglos siguientes, los cristianos, en continuidad con los primeros discípulos, se apegaran a estas mismas creencias sin vacilación y, además, en su mayoría, sin dificultad; la mayoría se limitó a adherirse a ellas sin más, con sentimientos religiosos espontáneos. Juzgaban –equivocadamente, por cierto– que esta adhesión bastaba para vivir plenamente la fe originaria de la que estas creencias habían surgido.

Independientemente de lo que podamos pensar acerca de este pasado, en nuestros días, a medida que las ciencias progresan y la civilización cambia, el apego a estas creencias se hace cada vez más artificial a pesar de la voluntad y de los esfuerzos de muchos. En adelante y de forma inevitable, esta adhesión ya sólo es consecuencia de una resolución virtuosa debida a diversas consideraciones prácticas, propias de una sabiduría individual o colectiva. *Esta adhesión no está unida a la necesidad y a la llamada que se reconoce y se desposa en el movimiento de fe*.

Al actuar por esta adhesión práctica, aunque sea por piedad sincera, el hombre se desvirtúa o, al menos, no se profundiza: no puede llegar a ser con suficiente autenticidad y, sin ésta, permanece en la superficie de sí mismo, lejos por ello de Dios. Así pues, la conciencia cristiana, a medida que se libera de facilidades indebidas que permitía una cristiandad más potente por su organización que por su vitalidad espiritual, se ve empujada a reconocer, cada vez más y mejor, que la fidelidad no consiste en conservar ni la letra de las creencias ni la mentalidad que reflejan. Al contrario, exige imperiosamente la búsqueda y el descubrimiento de la fe; la fe de los primeros discípulos en el tiempo en que vivían junto a su Maestro.

*El reconocimiento del fundamento histórico de la fe en Jesús no dispensa, por tanto, de ningún modo, de un camino semejante al de aquellos escasos judíos. Sin este recorrido, necesariamente personal, y que conduce a una verdadera conversión, los cristianos, incluso los de toda la vida que no han abandonado una práctica sincera, están condenados a no conocer más que una adhesión cerebral y afectiva, y, a menudo, sólo de disciplina. Esta adhesión a unas creencias, de conveniencia y eficacia muy relativas fuera de algunos logros excepcionales debidos a unos recursos personales singulares, engaña a los cristianos acerca de la realidad de su fe: se la confirma y así les confina en una religión doctrinal, pietista o sólo sociológica, proveniente de un fervor más atávico y tribal que propiamente cristiano.*

*Ninguna apologética puede dispensar del camino personal exigido por la fe*

Los apóstoles, en el curso de su predicación, para confirmar sus extraordinarias afirmaciones acerca de la resurrección de Jesús, insistieron, sobre todo, en los signos (milagros y ciertas profecías mesiánicas cumplidas), convertidos desde entonces para ellos en visiblemente divinos, que manifestaban ya la vida y la muerte del Maestro. Estos signos, según ellos, debían convencer, en aquel tiempo, a todos los judíos justos y leales, y llevarlos a creer en Jesús, es decir, a adherirse a la creencia acerca de Jesús que ellos predicaban.

A lo largo de los siglos, la apologética cristiana siguió el mismo camino y apeló a los mismos signos. Esto fue posible hasta que un cierto espíritu crítico, difundido por la instrucción generalizada, pero también por sus sucedáneos, transformó profundamente las formas espontáneas de sentir y de pensar. Debido al desarrollo de las ciencias y a la evolución de la sociedad, esta vía apologética parece condenada a ser cada vez menos eficaz, hasta el punto de no poder ayudar a acceder ni a una religión incluso únicamente sociológica.

A decir verdad, *el acceso a la fe en Jesús ha exigido desde siempre, a cada uno, un verdadero camino personal*; pero esto es particularmente evidente ahora que la cristiandad agoniza y que su institución, en plena descomposición, ya no puede engañar a nadie: *el acceso a la fe en Jesús exige a cada uno su propio camino*; camino que se apoyará necesariamente en la profundización personal más que en el simple reconocimiento de unos signos que, tal como todavía piensan algunos, deberían necesariamente convencer, por su objetividad indiscutible, a todo hombre suficientemente atento y recto, sea cual sea su madurez.

#### *El acceso a la fe de los primeros discípulos*

Los primeros discípulos, durante los pocos meses que vivieron con Jesús, tomaron conciencia progresivamente de la exigencia fundamental de la que emana el movimiento de fe que les llevó hacia Jesús como a nadie. Sólo más tarde, tras la muerte de Jesús y tras todo lo que vino después, fue cuando este movimiento de fe condujo a los discípulos a la afirmación que pronunciaron acerca de él, y que sólo pudieron formular con los conocimientos de su tiempo y las creencias de su pueblo.

Cuando Jesús responde a la profesión de fe de Pedro y le dice que su seguridad no le viene ni de la carne ni de la sangre sino de una *revelación* del Padre que está en los cielos, no se limita a felicitarle por haber aprendido y comprendido claramente lo que él le había explicado. Tampoco se refiere a unas palabras que hubieran venido del cielo como las que la tradición recoge a propósito del bautismo de

Jesús. Para explicar y hacer verosímil esta profesión de Pedro tampoco hay necesidad de colocar delante un episodio tan absolutamente excepcional como el de la Transfiguración. Al contrario, es más plausible pensar que este tipo de episodios extraordinarios sucedieron *después* de aquella profesión de fe, y que fue la fe de los discípulos la que los preparó indirectamente, no la que los provocó; igual como sucedió en el caso de los carismas de la Resurrección y de Pentecostés. Pensar esto no significa negar la necesidad práctica, la utilidad de estos acontecimientos extraordinarios cuya naturaleza es siempre difícil de precisar; necesidad práctica, impuesta por las extremas dificultades del camino de los apóstoles en la fidelidad a sí mismos y a Dios.

*Pero la fe de los primeros discípulos en Jesús es primera, y se debió al ascendiente extraordinario del Maestro sobre ellos, por lo que era ante ellos más que por lo que hacía y decía; por el sentido que él mismo tenía de su misión –de la que hablaba sin reservas, con una convicción sin fisuras y con una autoridad sin par; y también por la vida intensa, de unión excepcional con Dios, que ellos presentían en él en algunos momentos, por ejemplo cuando lo veían partir solo a la montaña.*

Al estar a diario con Jesús, sin duda se les ofrecerían –incluso sin esforzarse especialmente en descubrirlos– múltiples indicios sobre él, sobre lo que vivía y era. Cada uno de los discípulos captaría los indicios que fuesen más adecuados a su forma de ser. Podemos pensar que consistirían en impresiones indefinibles, en observaciones latentes acerca de sus comportamientos y palabras. Bajo el influjo de una actividad más o menos inconsciente que obraba en cada uno de ellos, estos detalles y observaciones se fueron apuntalando entre sí para irse definiendo; se fueron sosteniendo y confirmando, unos a otros, y así se impusieron en su conjunto. A menudo, estos detalles y observaciones afloraban ante ellos mucho después de los acontecimientos que eran su origen remoto –origen, más que causa, de tanto como quien los consignaba participaba con su propio ser en su advenimiento y en su resonancia en él. Tras un trayecto secreto dentro de ellos, estos indicios volvían a la memoria cargados de un sentido nuevo que les asombraba, quizá les escandalizaba y siempre les suscitaba preguntas,

les requería respuestas o, al menos, su atención y acogida. Estos indicios les ayudaban a comprender lo que cada uno podía llegar a captar de Jesús. *¿Acaso no debió ser así como aquellos judíos, sin tener una conciencia clara de ello, pasaron del asombro a la admiración, de ésta a la veneración, para llegar, al final, a la adoración?*

La profesión de fe de Pedro; su afirmación de que sólo Jesús tiene palabras de vida eterna; así como tantas otras expresiones espontáneas que menudean en los Evangelios; todas revelan lo que los discípulos sentían ante Jesús a fuerza de vivir en su intimidad; y son significativas acerca de su fe en él, que era también esperanza y amor. Todas estas expresiones no tenían entonces un contenido preciso para ellos, como las creencias que posteriormente propusieron en sus predicaciones y que luego los teólogos sistematizaron durante siglos.

Lo que empujó a los discípulos a estas afirmaciones, completamente espontáneas a veces, fue lo que vivieron junto a Jesús y éste fue ante ellos; algo que ellos, más que comprender con claridad, sintieron sin ni pensarlo ni elaborarlo en aquel momento. A pesar de que los discípulos debieron de intercambiar sus opiniones acerca de Jesús, no debieron de ir mucho más allá. Es poco probable que se preguntaran, por ejemplo, quién era de verdad Jesús antes de que él se lo preguntase y suscitase su respuesta <sup>(6)</sup>. Sólo más tarde, tras la muerte del Maestro, se juntaron para precisar sus pensamientos; pero, ¡con cuántas dificultades, y cuántos debieron de ser sus tanteos, cuyas huellas se conservan involuntariamente en las Escrituras como en filigrana! Sordamente llamados por el movimiento de fe, preparado y en cierta medida preorientado por los materiales de que disponían, lo que afirmaron fue sólo consecuencia de su fe. La evidencia de estas afirmaciones no fue el origen de su fe sino su consecuencia aunque más

---

<sup>(6)</sup> [Nota de Légaut] Jesús planteó la pregunta a sus discípulos, acerca de quién creían ellos que era él, para tener una especie de confirmación de su propia misión, de la que por otra parte no podía dudar. ¿Les hubiera hecho esta pregunta si no hubiera sabido ya la respuesta? Quizá también se la hizo para que fueran más conscientes de lo que pensaban de él, de lo que él había llegado a ser para ellos.

tarde se impusiese a ellos con tal fuerza que la duda les resultó imposible. Para abrirse paso, *esta evidencia debió de extraer de su movimiento de fe su fuerza singular* pues, en aquella época, cualquier autoridad revestida de cierto carácter divino, lejos de proponer o de hacer posibles estas creencias, las negaba como blasfemas, y además el pueblo las condenaba como traición. No obstante, aunque todos en Israel combatieron con violencia su evidencia, ésta se impuso a algunos judíos comunes y corrientes, que hasta entonces no se habían distinguido en nada del resto.

*El acceso a la fe de los discípulos de todos los tiempos. Distinción necesaria entre signos e indicios*

El cristiano de hoy, a pesar de los veinte siglos que lo separan de los momentos únicos que vivieron unos pocos judíos con Jesús, puede también convertirse en discípulo como aquellos que se unieron a él hasta el final. Es ésta una condición que será cada vez más necesaria para seguir siendo de veras cristiano en los tiempos que se avecinan. *Esta verdadera conversión sólo es posible si uno ya es suficientemente profundo como para mantener abiertas sin eludirlas, sobre todo en las horas cruciales de su vida y en las situaciones límite en las que se va encontrando, todas las cuestiones fundamentales que plantea su condición humana, de suyo sin respuesta.* ¿Podrá hacerlo si no está habitualmente presente a sí mismo, si se deja absorber por lo cotidiano, si no progresa lo bastante en la conciencia de sí como para no sentirse aplastado por las dimensiones de la realidad, de la que aparentemente sólo es un elemento ínfimo y efímero? Estando verdaderamente en espera y en búsqueda con todo su ser es como estará en disposición de descubrir la íntima exigencia de donde podrá emanar el movimiento de fe que lo llevará a creer en Jesús igual que los discípulos de los primeros tiempos.

Para nacer, esta exigencia implica entrar en la inteligencia de lo que pasó en quienes siguieron a Jesús; en la inteligencia también de lo que Jesús mismo vivió; y, además, en la de aquello que lo poseía o –por decirlo mejor– lo constituía. Esta exigencia implica convertir en reales y en actuales aquellos hechos; y entrar, además, en la comprensión

profunda de su originalidad para que así nos interpelen de forma directa. Todo hombre, si se convierte en el adulto que su búsqueda y su dimensión humana permiten, puede alcanzar esta inteligencia a lo largo de la vida, gracias a una lectura reflexionada de las Escrituras; bajo la protección vigilante de una crítica de los textos, lúcida y sin a priori; y gracias además a un conocimiento suficiente de su elaboración, tan profundamente influida por las preocupaciones de la época; Escrituras que la actividad personal de cada uno recrea, por su cuenta y riesgo, según las intuiciones y cadencias de su vida espiritual.

Es insuficiente, por tanto, considerar el Evangelio como un libro de piedad y de moral, que se medita con devoción o con idea de encontrar, en él, una regla de vida adaptada a las posibilidades personales y a la época, o, más a menudo, con idea de confirmar dicha regla de conducta, ya establecida por otros medios, y reforzar así las razones de su cumplimiento. Es insuficiente, por tanto, buscar comprender únicamente el sentido de lo que está escrito y apropiárselo de alguna manera. Pero, en cambio, es necesario, a través de un texto que, sin embargo, no se redactó expresamente con esta intención, esforzarse en entrever lo que Jesús y sus discípulos vivieron juntos y por separado; es decir, esforzarse en descubrir cómo entrevistaron, en algunos momentos excepcionales, a través de lo que eran, y sin saber formularlo pero no sin una oscura conciencia de ello, *lo que es universal y por tanto esencial para el hombre*.

Estas acciones y expresiones –que provienen de Jesús o que le atribuyeron quienes le amaron y comprendieron, como fruto de la actividad inteligente y creativa de su recuerdo (7)– permiten, en determinados momentos, llegar hasta Jesús en profundidad. La razón es que, en tales momentos, estas acciones y expresiones se adecuan especialmente a lo que uno es o a lo que llegará a ser. Igual que las reacciones inmediatas de los discípulos en presencia de Jesús abrieron a éstos hacia el misterio del ser de Jesús; así también esta intelección de estas

---

(7) Sobre la actividad del recuerdo, ver: *El hombre en busca de su humanidad*, Madrid, AML, 2001, págs. 90 y siguientes.



acciones y expresiones, en determinados momentos de la vida de los discípulos de todos los tiempos.

*En esta lectura, los indicios y vislumbres que orientan la búsqueda, y los pasos que preparan la interpelación y depositan en el hombre el germen de la necesidad de donde partirá el movimiento de la fe, serán completamente diferentes de los signos clásicos cuyo inventario hacen los libros de apologética y de defensa argumentativa de la fe. Estas exposiciones metódicas de la doctrina apuntan, sin duda, a favorecer la fe, y quizás incluso a hacerla nacer; pero no hablan de los indicios y vislumbres que condujeron personalmente a sus autores a creer. Estas obras, que se esfuerzan en resolver las dificultades de los lectores, no dicen nada de las de sus autores... ¿Acaso las tuvieron alguna vez? ¿Las resolvieron todas de una vez y para siempre, tal como exponen en sus textos? No cabe duda de que ésta es la razón oculta de la esterilidad y de la abundancia de obras de este tipo.*

*Los indicios de los que hablamos tampoco suelen coincidir con los signos a los que recurrieron los apóstoles en sus argumentos dirigidos a las nacientes comunidades, que se recogen explícitamente en el libro de los Hechos e indirectamente en los Evangelios. Proviene, a menudo, de detalles dispersos, ínfimos a veces, tal vez recogidos involuntariamente por los redactores, y que la exégesis y la teología, por su solemne serenidad de disciplinas académicas, ponen al mero nivel de las necesidades de la narración, de los simples recursos narrativos, pobres como son –estos detalles– y de tan poco interés intelectual. Sin embargo, en ocasiones, de manera repentina a veces, son ellos los que arrebatan poderosamente al lector, no porque éste estuviera aplicado a leer el texto con más atención que en otras ocasiones, sino porque, *preparado por su propia vida para esta intelección, a menudo desde fecha muy lejana, se siente atrapado allí donde Dios llama a la puerta para que se le abra.**

Estos indicios, incluso aunque coincidan materialmente con los que recogieron los discípulos que vivieron con Jesús, y aunque partan de los signos que los apóstoles evocaron en su predicación, *pueden con-*

*ducir al hombre de fe a interpretaciones completamente distintas de las que se les habían atribuido antaño. Gracias a un conocimiento más exacto del hombre y del Mundo, y a un pensamiento más riguroso y más afinado, estos indicios pueden hacer que el hombre de fe entre en una comprensión renovada de Jesús, y que descubra la trascendencia de éste desde un ángulo distinto del de sus padres en la fe. Llevan al hombre de fe a expresar la trascendencia de forma diferente a la de sus antepasados, con fórmulas más adaptadas a sus propias maneras de sentir y de pensar, y, por eso, más inspiradoras y evocadoras. Así es como la Tradición, sirviéndose de las tradiciones aprendidas pero sin pararse en ellas ni someterse a ellas, mediante una autocreación continua y a través de la renovación incesante de las expresiones y de las imágenes, se perpetúa de siglo en siglo, y permanece fiel a lo Universal que debe testimoniar.*

#### *Milagros y profecías mesiánicas*

Tal es el caso de los milagros recogidos en el Evangelio; que la apologética cristiana ha interpretado, hasta hoy, como intervenciones directas de Dios, y juzgado por eso como signos de credibilidad de gran valor, si no de indefectible eficacia. Estos hechos extraordinarios, cuya realidad sin duda es inútil negar en su conjunto, más que ayudar a dar el paso de la fe, plantean, en una mente moderna, múltiples interrogantes sobre su verdadera naturaleza. También es el caso de determinadas profecías mesiánicas, cuya exactitud y acierto resultan actualmente poco convincentes, sobre todo si crece la sospecha de que el excesivo deseo de persuadir es el origen de los textos que las resaltan. No obstante, *los milagros y las profecías mesiánicas pueden aportarle, al hombre del siglo XX abierto a la vida espiritual, aunque de manera muy distinta a la de antes, algunos indicios inestimables sobre lo que Jesús sentía y era; y pueden sugerirle asimismo por qué su venida cambió el mundo.*

¡Qué extraordinaria confirmación de su vida y de su misión debió de recibir Jesús, aun sin necesitarla en esencia, al verse prodigiosamente capaz de sanar cuando este poder ascendía en él y le poseía! Pero tam-

bién, ¡qué fuente de tentaciones, claramente mencionadas en el relato de los cuarenta días en el desierto: resumen sin duda de sus confianzas a sus más allegados! ¡Qué pureza y qué fidelidad extremas insinúan estos hechos extraordinarios a un hombre de fe que hoy sabe leer estos textos desde el ángulo de la búsqueda del conocimiento interno de Jesús! Conocer tal poder y no abusar de él; y no usarlo más que para lo que él sentía ser. Saber renunciar a ese poder, quizá incluso negarse a él, cuando el ejercicio del mismo le parecía contrario o simplemente ajeno al fin buscado. Someterse al fracaso y ofrecerse a la muerte cuando llegó la hora en que ambos eran más convenientes para su misión que cualquier otro prodigio; y por eso parecían como exigidos por dicha misión. Indicios que hablan elocuentemente al hombre moderno cuando éste reflexiona, por contraste, sobre la impureza y duplicidad profundas de los poderosos de este mundo, “artífices de la historia”, para quienes el fin justifica los medios y es necesario ensuciarse las manos para hacer avanzar al mundo de forma útil, por la vía de la justicia...

Aunque siempre se consideró en Israel que los profetas eran los reformadores de su tiempo, quizá se les escuchó sobre todo por creer que predecían el futuro en nombre de Dios pese a que su objetivo no era ése. ¿Es útil acaso predecir el porvenir si no puede cambiarse nada en el presente? ¿Es acaso posible más allá de lo que el buen sentido acepta? *Los profetas no eran historiadores de los acontecimientos del mañana, sino que se esforzaban por que el mañana fuese mejor que el hoy.* Sus predicciones apuntalaban sus predicaciones y nada más. Tal era su razón de ser. A lo largo de los siglos, los profetas, cualquiera que fuese su profecía, fueron siempre los testigos de la esperanza fundamental del hombre; aunque sin ser del todo conscientes ni de la pureza sin defecto de ésta ni de su desnudez radical. Expresaron esta esperanza fundamental –eco de una verdadera llamada de Dios– no sin ambigüedad, tal como podían: o bien oponiéndola a los miedos viscerales de su tiempo, o bien apoyándose en las esperanzas que hacían vivir a los hombres entonces; esas ame-

nazas y promesas “de Dios”.

Jesús fue, para sus discípulos, la encarnación de esta Esperanza universal que bullía de mil maneras en Israel desde hacía siglos; aunque, durante mucho tiempo, estos judíos creyesen que él únicamente respondería a sus esperanzas y los liberaría de sus temores. Jesús fue para ellos, una verdadera respuesta de Dios, mucho antes de que reconocieran su trascendencia.

La larga espera mesiánica de Israel, considerada de forma global, con independencia de la elocuencia, llena de quimeras, de sus expresiones, y de los detalles concretos de sus descripciones, puede ser, para el hombre moderno, si sabe captarla a partir de su propia interioridad, una fuente y una explicitación particularmente vigorosas de *la espera secreta de todos los pueblos en todos los tiempos*, es decir, una expresión de la esperanza fundamental de todos los vivientes.

*Jesús es el fruto de la plegaria de los hombres del pasado y también de los del porvenir.* Es la respuesta a la única plegaria que los expresa totalmente; y de la que son capaces sólo cuando son ellos mismos, más allá del ser y del parecer, más allá de deseos y de proyectos, de preocupaciones y de angustias. *Jesús es el cumplimiento esperado, ciega pero realmente, por todo ser humano:* hijo del hombre engendrado de entre los hombres por el impulso de Dios, a lo largo de los tiempos, hijo de Dios; hijo de Dios e hijo del hombre inseparablemente.

#### *La remisión de los pecados por Jesús*

La afirmación, hecha en numerosas ocasiones por Jesús a sus interlocutores, de que sus pecados estaban perdonados, después de haber desconcertado probablemente a los discípulos hasta escandalizarles, pues parecía manifestar una pretensión exagerada, fue, posteriormente, tanto para ellos como para muchas generaciones de cristianos, el signo utilizado ex profeso por Jesús para afirmar, de forma indirecta pero clara, su autoridad todopoderosa y su divinidad. Sin embargo, esta afirmación tiene un alcance completamente distinto para el cristiano de hoy que no puede pensar que Dios perdone los pecados como si los

borrara por una decisión puramente formal, independiente por completo del estado interno actual de quien los ha cometido.

Con todo, ¿no es éste el *indicio*, para un cristiano, de que Jesús tenía un conocimiento directo de cómo el hombre es en sí? Él “sabía lo que hay en el hombre”. Lo captaba en las profundidades a las que no llegan los determinismos, consecuencia poderosa de la herencia y del medio, y que tanto pesan durante el desarrollo del individuo. ¿No es éste, además, el *indicio* de que Jesús, por lo que era, pasando por encima de los juicios que el atavismo y la sociedad imponen normalmente, veía, en cada persona, una grandeza ontológica en potencia que, aun procediendo del hacer y del decir, trasciende los actos y las palabras? Los actos y las palabras, en efecto, dependen en gran medida de las condiciones contingentes en las que cada uno se encuentra. A pesar de las apariencias, a pesar de las decisiones que normalmente se toman de forma superficial, los actos y las palabras pueden ser ajenos a toda desobediencia y a toda rebelión verdadera de tanto como el hombre yace con frecuencia en una especie de inocencia infantil, en una ignorancia y en una inconsistencia a las que sólo pone límites la autoridad íntima, silenciosa, todavía débil, apenas reconocida, de su conciencia naciente y de su fe.

Así, al igual que los profetas *rechazaron*, por fidelidad a las exigencias fundamentales de lo humano, la posibilidad de un sagrado humanamente inmoral, Jesús *desacralizó*, por su intimidad con Dios, y por la intelección de Dios que ésta comportaba, *el sentimiento de culpabilidad* y, salvo el “pecado contra el espíritu”, redujo las infracciones de la ley a ser tan sólo faltas, de las que no es necesario ser esclavos y de este modo víctimas; y de las que debemos llegar a ser los beneficiarios gracias a la libertad.

Semejante liberación y enriquecimiento son condiciones primeras para el advenimiento propiamente dicho de lo humano que emparenta al hombre con Dios. Este *cumplimiento* no tolera ninguna alienación provocada desde fuera, aunque sólo se puede alcanzar a través de los sacrificios que se imponen ineluctablemente por razones

intrínsecas.

Asimismo, este cumplimiento depende de la toma de conciencia de las *exigencias íntimas, y de la luz y la fuerza* que esta toma de conciencia necesita para percibir las y someterse a ellas. Este cumplimiento necesita, en efecto, la *luz* que sólo aporta el conocimiento de las necesidades fundamentales de la vida y de sus fronteras infranqueables; de donde, a su nivel –que de suyo excluye los casos particulares–, la ley extrae su razón de ser; conocimiento secundado y confirmado por la experiencia, no sin que las transgresiones de la ley ayuden –indirecta pero quizá necesariamente– a la formación de esta experiencia. Y también necesita –este cumplimiento– la *fuerza* que sólo puede engendrar, mejor que la palabra o que el ejemplo, la presencia, radiante, inspiradora y apelante, de quien se ha alcanzado a sí mismo en la libertad.

Este cumplimiento, entrevisto a través de los comportamientos de Jesús, ¿no es acaso el *indicio* que condujo a ver en él al “primogénito” de los hombres, aquél de quien cada uno debe recibir para llegar a ser completamente hombre? Este cumplimiento da su dimensión humana a la “salvación” que el cristiano presente en Jesús.

### *Los «amén» de Jesús*

Los «amén» de Jesús, inseparables del tono en el que se dijeron y de los oyentes ante los que se pronunciaron, fueron, para las comunidades cristianas de los primeros tiempos, así como para las de los siglos siguientes, el signo de la autoridad soberana de Cristo. En su momento, debieron de plantear un interrogante en los discípulos, por la audacia, la seguridad y la independencia de Jesús ante la ley que indicaban (“Pero yo os digo ...”), y que, en boca de cualquier otro, hubieran parecido insensatos, tal como debió de parecerles a los que le escucharon de paso y enseguida se disgustaron e indignaron por semejantes pretensiones (“mis palabras no pasarán...”). La firmeza y la seguridad sin límite de estas afirmaciones, tan categóricas como contestatarias, contrastaban radicalmente con el comportamiento

anterior de los profetas, y se convirtieron, para los discípulos, en indicios de la extrema familiaridad de Jesús con Aquél a quien llamaba su Padre; y en signos de su casi igualdad con el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. ¿Acaso aquella firmeza y seguridad no prepararon el carisma que conocieron tres de ellos en la “montaña de la transfiguración”, que les confirmó el alcance que ellos mismos daban a estos indicios?

Hoy en día, para el hombre de fe, esta firmeza y esta seguridad son el *signo* de la certeza absoluta que Jesús tenía de su misión; certeza que iba más allá de la conciencia de sí que habían tenido los hombres visitados por Dios anteriormente; y más allá de lo que éstos habían osado decirse a sí mismos y afirmar a otros. ¿No son también –esta firmeza y seguridad– el *indicio* de la importancia decisiva que Jesús creía que tenía su mensaje para el porvenir; de su convicción de que nada podría contrarrestarlo y derrotarlo a pesar de todos los contrasentidos y de todas las oposiciones que se iban a acumular contra él con el paso de los siglos y que ya comenzaban a hacer el vacío a su alrededor y a preparar su muerte?

La originalidad fundamental de Jesús, cuyo carácter innovador y provocador nada pudo disimular, ni siquiera a corto plazo, pese a las precauciones tomadas, hizo, por un lado, que los conservadores religiosos de su tiempo lo consideraran una especie de peligroso revolucionario que lo cuestiona todo con riesgo de que todo se derrumbe por tierra; e hizo asimismo, por otro lado, que los partisanos patriotas lo tuvieran por un hombre quimérico que acepta cobardemente el poder establecido y así colabora indirectamente con él.

A partir de los estudios bíblicos hechos desde una mentalidad moderna, a veces, surge la tentación de concebir únicamente a Jesús como el heredero genial de la tradición elaborada paulatinamente por Israel, y no como alguien cuya grandeza misteriosa se habría manifestado ya durante su vida. Sin embargo, esta originalidad de Jesús es un *indicio* capital para el hombre de fe.

### *Las apariciones*

Este *indicio* de la *originalidad fundamental* de Jesús puede conducir hoy al hombre de fe a una *afirmación de la trascendencia de Jesús más sólidamente fundada sobre la historia humana de su Maestro que sobre los carismas que siguieron a su muerte*, de los que no se puede decir nada cierto dada su extrema singularidad, pese a su carácter histórico.

¿Acaso no deberíamos sospechar de la naturaleza de aquellos carismas de los discípulos, si, por decirlo así, la fidelidad hacia su Maestro no los hubiese seleccionado y cribado previamente, y si el lugar central que la fidelidad a Jesús ocupó previamente en sus vidas, hasta el punto de ser ella la que hizo nacer en ellos el movimiento de fe, no los hubiese preparado para tales carismas? Y, además, ¿no hay que afirmar acaso que sólo los hombres que, por su camino personal, hayan alcanzado la fe en Jesús estarán en disposición de entrever actualmente lo que realmente fueron aquellos carismas, sin sujetarse a todos los relatos y prolongaciones que se les añadieron para tornarlos concretos e indubitables; y podrán resistir y no ceder a todas las imaginaciones que espontáneamente enmarcan estos carismas y los traicionan al materializarlos? <sup>(8)</sup>

### *Las parábolas*

La originalidad fundamental de Jesús se trasluce ya en las parábolas que inventó para, de forma secretamente polémica, hablar del Reino de Dios a sus oyentes, cuyas reacciones espontáneas, cuajadas por siglos de tradición y sugeridas diariamente por los escribas y los doctores de la ley, presentía. Las parábolas insisten tanto por su silencio, sistemático y deliberado, como por su puesta en escena paradójica, en lo que Jesús quería suscitar y no podía decir abiertamente pues hubiera parecido provocador y, quizá, escandaloso e impío <sup>(9)</sup>.

---

<sup>(8)</sup> Ver *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Madrid, AML, 1999, págs. 69-77.

<sup>(9)</sup> Ver *Op. cit.*, págs. 155-172.



Es poco probable que los primeros discípulos fuesen conscientes del contenido revolucionario de las parábolas, que sólo destaca frente a las concepciones y a la práctica religiosa de Israel, que se basaba en la observancia y en la meditación de la ley.

Por otra parte, ¿no es lógico que quien sólo conoce al hombre desde el punto de vista colectivo y político piense que es peligrosamente utópico –y hasta subversivo– insistir tanto en la fidelidad a lo que uno cree que tiene que hacer por exigencia personal o por inclinación profunda, y de este modo omitir hablar de mandamientos e incluso de recomendaciones y consejos, y silenciar el deber estricto de obediencia y aun de simple prudencia? ¿No es acaso imprudente y quimérico omitir siempre toda amenaza de castigo y y toda promesa de recompensa, y llegar incluso a dudar de su posibilidad, que es lo que ocurre en las parábolas, cualquiera que sea la escenificación que utilicen? Basta pensar en el lugar que han ocupado las amenazas del infierno y las descripciones del cielo en la predicación cristiana, hasta un pasado todavía muy reciente, para comprender hasta qué punto la extrema originalidad del mensaje evangélico ha permanecido largo tiempo escondida durante los siglos cristianos.

Los apóstoles del “puro amor” fueron siempre poco numerosos aunque no dejaron de surgir continuamente a lo largo de las generaciones. A menudo acusados de quietismo, por no hablar de amoralidad, fueron sistemáticamente vencidos cada vez que se vieron obligados a entrar en controversia con sus adversarios <sup>(10)</sup>. Éstos, más moralistas que espirituales, preconizaban exclusivamente la observancia de la ley para el cristiano medio, y sólo reservaban la fidelidad a las bienaventuranzas para los elegidos de Dios, no sin conceder un estado social

---

<sup>(10)</sup> [Nota del T.] La expresión de “puro amor” es de Fénelon, a quien Bossuet acusó de quietismo. Henri Bremond y Loisy apreciaban la figura de Fénelon. La querrela del “puro amor”, junto con el juicio y condena de Miguel de Molinos fueron dos de los episodios finales de la gran corriente mística en el catolicismo y de su importancia, desde el siglo XIV al XVII, en la vida social de lo que aún era la “Cristiandad” y ya comenzaba a ser “Europa”. Monsieur Portal también valoraba a Fénelon. Por ambos caminos pudo conocer y apreciar Légaut esta expresión.

institucionalizado a los consejos evangélicos, y atribuir una promoción automática a la santidad a los que los observaban.

Para acceder y descubrir la orientación espiritual fundamental de las parábolas, a pesar de las interpretaciones espontáneas y habituales sobre ellas, acordes con la sabiduría corriente, nacida del sentido común y de la experiencia superficial del hombre, *hay que haber constatado previamente el fracaso religioso, y humano también, de toda ley cuya observancia se propone como un fin suficiente en sí* y cuya autoridad se sustenta en la aplicación de sanciones aquí abajo y en amenazas para el más allá. Sólo la meditación de los veinte siglos de cristianismo y la búsqueda a fondo de la causa de su mediocridad espiritual –que preparaba, desde hacía tiempo, la crisis actual– llevan, casi a la fuerza y como por reacción, a entrever el espíritu que inspira las parábolas del Reino de forma secreta pero constante, y a descubrir asimismo *la originalidad excepcional, única, políticamente “herética” y paradójica*, tanto del mensaje de Jesús como de mismo Jesús.

Y, sin embargo, a pesar de todo, este mensaje resulta *secretamente adecuado* a las aspiraciones humanas más profundas, hasta el punto de poder ayudar indirectamente a cada uno a ser consciente de ellas, en la medida de sus posibilidades y de su fidelidad personal, cualquiera que sea la época y la situación en que viva. Este mensaje es una verdadera llamada que, en cada generación, “cautiva” en el hombre unas posibilidades todavía mal conocidas o incluso totalmente ignoradas, sin las que éste está condenado a vegetar en una existencia insípida, con el sentido de la vida inaccesible entonces.

Por utópico que pueda parecer este mensaje desde la experiencia cotidiana, ¿no es él acaso la única vía de salvación para una humanidad que crece en número y en poder, pero no sin alienar, al mismo tiempo a los hombres que la forman y que así la desnaturalizan; lo cual la aboca irremediablemente a un fracaso cuya posibilidad global se empieza a entrever?

Que este mensaje, junto con los desarrollos que su espíritu impulsa ulteriormente, sea *la obra completada en unos meses por un hombre de un*

*tiempo y de un lugar dados*, limitado en el hacer y el decir por los condicionamientos y los determinismos de todo tipo que intervinieron en su formación y en su acción, ¿no es acaso el *indicio* de haber surgido –este hombre– tanto de una grandeza humana sin precedentes, que sobrepasa los límites asignables a la realidad y a su devenir, como de una trascendencia vecina de la de Dios mismo?

*Estos signos e indicios conducen a una comprensión que abre a la trascendencia divina de Jesús*

Estos signos –que interrogan a todo hombre lo suficientemente vigilante y en búsqueda bajo la acción de la conciencia de su propia condición y de su conocimiento de la realidad– y estos indicios –que suscitan en cada uno una atención y una vigilia particulares– confluyen en alumbrar una inteligencia renovada de la humanidad de Jesús.

*Sin embargo, esta comprensión profunda no conduce a conocimientos propiamente dichos.* Más bien se sitúa más allá de las adquisiciones que la mente puede poseer, sistematizar, enseñar y, por lo tanto, comunicar realmente. Esta comprensión es esencialmente personal, intransmisible. Está hecha de atisbos sin cesar evanescentes y redescubiertos, pero de formas diferentes, siguiendo los ritmos de la vida espiritual, con ocasión de encuentros y de acontecimientos. Esta comprensión permite sobrevolar el tiempo y hacer presente el pasado sin volver a él ni encerrarse en él. Puebla la soledad de cada uno con una presencia de Jesús inseparable de un recuerdo siempre en acto, que da seguridad ante cualquier vértigo y conforta en el ser.

Esta presencia y este recuerdo, íntimamente unidos, son fuente de fuerza y de luz, más allá de lo que el intelecto o los afectos nos pueden aportar, pues la presencia es del orden de lo ontológico, y el recuerdo se da en la interioridad: allí donde, en cada uno, Dios es. Esta presencia y este recuerdo suscitan y nutren las aspiraciones más íntimas y auténticas del hombre, que son auténticas inspiraciones y llamadas de Dios. Y no son diferentes de la presencia y del recuerdo que surgieron en los discípulos, tras la muerte de Jesús, a lo largo de

su vida apostólica, aunque ya, en los meses en que Jesús estaba con ellos, los empezaron a experimentar en determinados momentos.

Esta comprensión prepara el movimiento de fe al tiempo que es también su consecuencia. Anuncia lo que será la consumación en la eternidad, al tiempo que ya es su imperceptible comienzo. Junto con el movimiento de la fe, esta comprensión depende de la secreta disposición que permite nacer a ambos aun siendo incapaz de engendrarlos por sí sola. *Abre hacia la afirmación de la trascendencia divina de Jesús pero sin precisar más* incluso cuando el creyente se convierte al fin en discípulo y se ve llevado a la adoración de una forma totalmente distinta que por razones puramente ideológicas. Éstas, por sí mismas, además, sólo pueden poner en funcionamiento una religiosidad de apariencia cristiana pero completamente instintiva y en la línea de un deísmo atávico y pagano.

*La trascendencia divina de Jesús, alcanzada por el movimiento de fe, no es consecuencia directa de las definiciones conciliares*

Para una confesión de la divinidad ontológica de Jesús de este tipo, el hombre de fe no se apoya en la definición de la filiación “intra-divina” de los concilios de Nicea y de Calcedonia. Es más, hay que afirmar que, gracias a un recorrido de este tipo, el hombre de fe alcanza mayor inteligencia espiritual, acerca de Jesús y de sí mismo, de la que estas fórmulas dogmáticas aportan normalmente al cristiano, que normalmente se limita a darles su adhesión por obediencia o por docilidad pseudo-intelectual, sin hacer un camino personal semejante al que condujo a los primeros discípulos a Jesús.

Los conocimientos acerca de Jesús que se desprenden de las decisiones de estos concilios no son conocimientos como los demás, de los que únicamente diferirían por su objeto. Sólo los llamamos conocimiento por analogía. Responden a las cuestiones fundamentales suscitadas por la existencia de Jesús pero se expresan a la manera de la época y según el universo mental de entonces, por lo que utilizan materiales de aquel tiempo para afirmar lo que también otros negan-

ban utilizando los mismos materiales. Estas definiciones dogmáticas no añaden nada al Jesús revelado a sus discípulos por lo que él fue entre ellos, fuera de una formulación que ellos no encontraron por sí mismos, lo cual no significa que no tuviesen fe; formulación que, de haber tenido noticia de ella, hubieran rechazado por no entrar en su manera de decir y de pensar, que, por lo que parece, no usaba la noción de “naturaleza”, entre otras.

Hoy en día, estas cuestiones fundamentales ya no se plantean de la misma manera que en el tiempo de aquellos concilios. Las nociones que actualmente se utilizan para formularlas y darles unas respuestas aceptables son diferentes y nos parecen, sin duda, más afinadas y más precisas que las precedentes; que, sin embargo, nos sirvieron para llegar a este perfeccionamiento.

*No obstante, las definiciones dogmáticas del pasado resultan preciosas cuando nos trasladamos a la época en que se formularon e intentamos captar lo que los Padres, como testigos de la comunidad de fe de los cristianos de entonces, rechazaron porque no se correspondía con lo esencial que la comunidad vivía. Estas definiciones aportan conocimientos, por tanto, que podemos usar bien con tal de emplear una inteligencia interior que va mucho más allá del saber histórico y filosófico. Para poder alcanzar esta inteligencia, se nos exige un recorrido personal semejante al que condujo a los Padres a proclamar aquellos dogmas. Sin esta inteligencia interior, estas definiciones, aunque permiten hablar de Dios en términos autorizados y oficiales, pueden convertir en ateos –sin ellos saberlo– a quienes las emplean para disertar sobre Dios como se diserta sobre cualquiera otro tema.*

Las intuiciones acerca de Jesús que podemos alcanzar a través de las definiciones dogmáticas pierden, en efecto, su fecundidad –no sin llevar a consecuencias contrarias– tan pronto como nos empleamos en estructurarlas para objetivarlas con el fin de poseerlas y de poder transmitir las como cualquier otro conocimiento. De este modo, cortocircuitan las expectativas y las búsquedas necesarias a todo cristiano, sin las que su religión, incluso sincera y ferviente, se queda en

algo fatalmente mental, pietista o sociológico. Las definiciones dogmáticas hacen creer que se ha alcanzado el objetivo y por eso eximen de ir hacia él. Se corrompen en el espejismo fabuloso de un falso amanecer.

*Utilidad indirecta de las Escrituras y de las definiciones conciliares para el arranque del movimiento de fe*

A decir verdad, *al igual que las Escrituras, las definiciones dogmáticas pueden ayudar* en el recorrido que el cristiano debe hacer para llegar verdaderamente a Jesús en su realidad humana e histórica y llegar a ser el discípulo que él espera de él en esta época. En el caso de suscribir las convenientemente, el creyente se siente llamado a comulgar mejor con el secreto movimiento de fe que las engendró antiguamente; así como a recrearlas en el nivel espiritual que les corresponde.

Ahora bien, sin esta re-creación personal, necesariamente elaborada bajo la acción de Dios, llevada por cada uno según sus medios, con sus riesgos y peligros –recreación de la que cada uno es el responsable último, y que juzga a cada uno en profundidad–, la “palabra de Dios” dirigida al creyente –presentada bajo las especies de palabras humanas específicas de un tiempo y de un lugar, y paralizada por el carácter fatalmente conceptual y a menudo arcaico de su presentación– no le ayudaría a éste, a alcanzar la vida espiritual con la totalidad del don que ésta le exige; ni tampoco le ayudaría a someterse al empeño total que la vida espiritual debe obtener de él.

Sin esta re-creación, la “palabra de Dios” tan sólo lo atascaría en una vida afectiva o intelectual, y lo engañaría sobre la calidad de su fidelidad. Creyendo haber comprendido “la palabra de Dios” con sólo captar el envoltorio, esto es, los mecanismos de su exposición y los esquemas de su representación, que son lo más visible, el cristiano seguiría apeándose, de forma falsa, como a un absoluto, a lo contingente del mensaje; y con ello ignoraría lo que éste tiene de universal; o incluso llegaría a rechazarlo, o a distraerse de lo que propone de propiamente humano y divino, o incluso a combatirlo.

La Iglesia y las Escrituras ayudan indirectamente a esta recreación con tal de saber reconocer su originalidad fundamental, pues no en vano su fecundidad es la de las obras creadas; y por unos seres además que, bajo la acción de Dios, se aproximaron a las extremas profundidades de los hombres y de Jesús mismo. Las Escrituras, a pesar de la complejidad y ambigüedad de sus orígenes, nacen, en efecto, de una verdadera creación por parte de sus autores, encarados a las cuestiones fundamentales planteadas por la condición humana; cuestiones que, dada su naturaleza, son sin respuesta. Las Escrituras no son sólo obra de meros escribas. Y la Iglesia, a pesar de las contingencias de todo tipo que han influido en su historia, es una comunidad creadora de sí misma por la fe en Jesús y por la fidelidad de sus miembros; y no es una sociedad que se perpetúa únicamente por una inmutabilidad eficazmente impuesta <sup>(11)</sup>.

Así como el movimiento de fe en Jesús es el fruto de la acción de Dios en el hombre de fe y de la fidelidad de éste al desposarse con la acción de Dios en él; así también es fruto de la acción de Dios y de la fidelidad en todos los que estuvieron en el origen de las Escrituras y fueron pilares de la Iglesia a través de los siglos. Aunque el movimiento de fe es el propio de cada uno de los discípulos que andan su camino hacia el ser único y solitario que el hombre es en potencia, dicho movimiento es eclesial. En este movimiento, y no en la manera particular en que cada uno expresa su fe, es en donde los cristianos son uno con una unidad en la que Jesús es el alfa y el omega y Dios el origen y el fin.

---

<sup>(11)</sup> Ver *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Madrid, AML, 1999, págs. 199-213.

